



Manual de vida

Pasajes escogidos

Epicteto

Edición de
Paloma Ortiz García

ariel Quintaesencia

Manual de vida

Pasajes escogidos

Epicteto

Edición de
Paloma Ortiz García

ariel Quintaesencia

1.ª edición: marzo de 2014

© 2014: Prólogo, traducción, notas y apéndices de Paloma Ortiz

© 2014: Ilustraciones y diseño de los cuadros conceptuales:
Mauricio Restrepo

Derechos exclusivos de edición
reservados para España:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN 978-84-344-1488-4

Depósito legal: B. 2.187 - 2014

Impreso y encuadernado en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o
por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

PRÓLOGO

Debió de ser en torno al año 115 d. C. cuando un joven provinciano nacido en Nicomedia de Bitinia, en Asia Menor, de estirpe griega y familia de buena posición, cumpliendo con la costumbre de la época, viajó a Grecia para completar su educación con un maestro que le enseñara retórica y filosofía. El joven era Arriano de Nicomedia, que llegaría a ser político influyente y uno de los autores literarios más brillantes de su siglo.

El maestro cuyas clases siguió fue Epicteto, ya anciano por entonces, un filósofo estoico de cierto renombre que nunca quiso escribir una sola línea, pero cuyas enseñanzas y personalidad causaron tal impresión en el joven Arriano que, consciente del interés de lo que oía en la escuela, anotó cuidadosamente tanto las explicaciones del maestro como las conversaciones que éste mantuvo con oyentes habituales y visitantes ocasionales.

Las copias de las notas de Arriano fueron circulando y, al verlo el propio Arriano, decidió encargarse de una verdadera edición: el resultado fue lo que hoy conocemos bajo el título de *Disertaciones* de Epicteto. Tanto fue el éxito de aquellos libros —dicen fuentes del siglo VI, aunque los críticos de hoy no dan crédito a la

noticia—, que de nuevo Arriano intervino para elaborar un compendio de lo más significativo de su contenido, y así se elaboró el *Manual* de Epicteto.

Esas obras, sobre todo el *Manual*, han gozado de grandísima aceptación, probablemente porque sus enseñanzas, sencillas y profundas a la vez, van dirigidas simultáneamente al corazón del ser humano, al que quieren acompañar en su búsqueda de la felicidad, y a su intelecto, que necesita apoyarse en el ejercicio de la sinceridad, la equidad y la coherencia.

Ahora bien: ¿quién era aquel maestro? ¿De dónde había salido aquel filósofo estoico que tanto impresionó a Arriano? Había nacido en Hierápolis entre los años 50 y 55, y había sido esclavo en Roma probablemente desde su niñez. No sabemos si era esclavo de nacimiento o si, como sucedía no raramente en su tierra, la Frigia anexionada o («Frigia Epicteto»), habían sido sus propios padres quienes lo habían vendido. Del nombre de su país recibió el suyo propio, también según costumbre antigua de llamar al esclavo por su gentilicio. De los amos que tuvo Epicteto sólo conocemos el nombre de uno: Epafrodito, esclavo primero y liberto imperial después al servicio de Nerón.

Este Epafrodito prestó al emperador un servicio muy valioso cuando le puso al corriente de la conjura que tramaban contra él ciertos senadores, encabezados por Pisón, y llegó a ser su secretario personal; el trato que mantenían era de tanta cercanía que cuando Nerón hubo de huir de Roma y decidió suicidarse, fue Epafrodito quien le asistió. Como Epicteto padecía cierta cojera, las fuentes cuentan la anécdota de que el causante había sido su amo, que le sometía a tortura maltratándole una pierna; aunque Epicteto le decía: «Me la vas a

romper», siguió aplicando el tormento y, efectivamente, la pierna se rompió. Y Epicteto: «¿No te lo decía yo, que me la ibas a romper?»; pero otras fuentes dicen que su cojera se debió al reumatismo.

A pesar de esta anécdota, Epafrodito no fue el peor de los amos, puesto que permitió a Epicteto asistir a las lecciones de Musonio Rufo, un caballero volcado en la filosofía estoica y que se dedicó a difundir estas enseñanzas. Como maestro debía de ser exigente, y en las *Disertaciones* aparecen varios ejemplos de ello, como cuando decía que a los jóvenes bien dotados para la filosofía, cuanto más se los desairaba, tanto más se aferraban a la doctrina. Ese método lo empleó también con Epicteto, que cuenta cómo su maestro le provocaba diciéndole «Te pasará esto y lo de más allá a manos de tu dueño», a lo que Epicteto, ya muy estoicamente, respondía: «¡Cosas humanas!», granjeándose así el aprecio y la benevolencia de su mentor filosófico. A su actividad como filósofo unió Musonio la intervención en política participando en la conjura de Pisón y tomando partido en uno u otro sentido respecto a las decisiones de los emperadores, lo que le valió varios destierros: uno en Asia Menor el año 60, acompañando a Rubelio Plauto, rival de Nerón; otro en Gíaros en el año 66, ordenado por Nerón como represalia por su participación en la conjura de Pisón, y un tercero en época de Vespasiano del que no conocemos los motivos exactos. ¡Verdaderamente, era conocimiento de primera mano el que tenía para enseñar a soportar los caprichos de los tiranos!

Aunque Epafrodito mostrara ese rasgo benévolo con su esclavo, tampoco debió de ser muy agradable estar a su servicio; muchas veces Epicteto menciona las amenazas de un amo («Puedo encadenarte»), o recuer-

da los malos tratos que recibe el esclavo díscolo, que si no obedece, «recibirá golpes y no recibirá comida». Y cuando describe el comportamiento caprichoso de un ricacho que teme ir a dar en la pobreza, da la sensación de que está retratando lo que vivió en la casa de Epafrodito: «A ti no es que te aterre el hambre, sino que temes no tener un cocinero, no tener otro que haga la compra, otro que te calce, otro que te vista, otros que te den masaje, otros que te acompañen para que te den masaje aquí y allá en el baño, después de desnudarte y ponerte estirado como un crucificado; y que luego, el que va a ungirte con aceites, poniéndose a tu lado diga: “Date la vuelta”, “Trae el costado”, “Cógele la cabeza”, “A ver el hombro”. Y luego, al llegar del baño a casa grites: “¿Nadie trae de comer?”; y luego, “Quita las mesas, pasa la esponja”. Eso te aterra, el no poder llevar una vida de enfermo».

Prueba del sufrimiento por el que debió de pasar Epicteto la tenemos también en la cantidad de veces que menciona la libertad, ideal que el filósofo persiguió a lo largo de toda su vida, y en el afecto y orgullosa solidaridad con que habla de los esclavos fugitivos: «¿Con qué cuentan al abandonar a sus dueños? ¿Con campos o con servidores o con vajillas de plata? Con nada, sino consigo mismos».

Epicteto no necesitó recurrir a la fuga, pues Epafrodito le concedió la libertad; seguramente, cuando ya era más que adulto; ya era libre en el año 94, cuando le alcanzó la expulsión de los filósofos decretada por Domiciano, y entonces fue cuando comenzó la etapa de su vida por la que ha merecido un puesto en la historia. Al abandonar Roma se estableció en Nicópolis, una ciudad muy joven, pues había sido fundada por Augusto en ac-

ción de gracias por su victoria sobre Marco Antonio en la batalla de Accio y, además, muy bien situada a la entrada del golfo de Ambracia, pues era uno de los puertos en que solían hacer escala los barcos que iban de Roma a Oriente. Esto último era especialmente favorable, pues además de conseguir discípulos gracias a su fama como filósofo, podía encontrarse en su auditorio con personajes que acababan de ser nombrados para cargos en Grecia o en Asia Menor o, viceversa, que accedían a puestos más elevados en la Urbe y regresaban de sus cargos provinciales; gente que, aprovechando una escala en el viaje, acudían a oír al filósofo.

Las enseñanzas de Epicteto le atrajeron buen número de discípulos, y no es de extrañar: porque todavía hoy sus palabras son un bálsamo para el corazón angustiado. Los individuos de la buena sociedad romana se preocupaban por alcanzar cargos, por obtener riquezas, por conseguir que sus seres queridos se comportaran como ellos deseaban... Y Epicteto les recomendaba prestar atención sólo a lo suyo propio: comportarse de modo acorde con la naturaleza y con los mandatos de los dioses, apreciar por encima de todo la propia dignidad y la propia libertad, no dejar en manos de nadie ni de nada la propia serenidad, esforzarse por aceptar mansamente y sin aspavientos lo que les enviaba el destino...

Nada muy distinto de lo que recomendaban otros maestros de filosofía, pero en Epicteto esas recomendaciones van acompañadas de ejemplos o comparaciones extraídos de la observación del comportamiento humano, ejemplos en los que se evidencia una mirada profundamente filantrópica. Tal es el afecto que muestra y la comprensión de los comportamientos, los vicios y miserias humanos que se desprende de sus palabras, que uno

raramente tiene la percepción de estar siendo criticado o reprendido, sino que más bien producen la sensación de que es, simplemente, alguien con más experiencia que, al transmitírtela, te permite intuir el camino y sus dificultades para evitarte extravíos. De modo que cada reflexión de Epicteto contribuye a calmar la inquietud y el desconuelo, fortalece el sentimiento interior de libertad íntima que todos tenemos y la confianza en nosotros mismos, sin la cual la vida parece estar constantemente al albur de la casualidad o las decisiones ajenas...

Se preguntaba Aristóteles en los *Problemas* por qué todos los hombres que han sobresalido en filosofía, política, poesía o artes parecen ser de temperamento melancólico: pues bien, Epicteto viene a ser la excepción que confirma la regla. El personaje que nos presentan las *Disertaciones* era una persona sencilla, digna, paciente, sociable y, sobre todo, serena. Ése es otro de los elementos que hacen tan atractiva su lectura.

Pero ¿y hoy? ¿Qué puede decirnos Epicteto hoy? Nosotros nos vemos sometidos al estrés de la vida laboral («¿Ascenderé?», «¿Me quitarán del proyecto?», «¿Obtendré la beca?»), a las prisas cotidianas («¡Yo no puedo pasar la tarde jugando con los niños!», «Llevo todo el día con problemas y al llegar a casa ¿vienes tú a...?»), a las presiones sociales del «Si no tienes eso, no eres nadie» (el coche, las vacaciones, la ropa de moda, las amistades adecuadas...), igual que los romanos se veían presionados por los juegos de las relaciones personales tan presentes en la vida política del Imperio. En otro terreno, novelistas como Lorenzo Silva han visto en las palabras de Epicteto el reflejo de experiencias tan humanas que pueden ser vividas por los personajes de una novela policíaca, como se da el caso en *La estrategia del agua*.

¿Significa eso que no nos diferenciamos de los antiguos? La verdad es que en muy poco y sólo en lo accidental. Por entonces, el refugio se buscaba en la filosofía; hoy se busca en los libros de autoayuda. Y lo que resulta más curioso es observar que los manuales de autoayuda recogen repetidamente las mismas reflexiones que leemos en Epicteto, aunque, la verdad, menos ordenadas. Ese tipo de obras suelen ser de marcado carácter utilitarista-hedonista (con esto no pretendo juzgarlas, sino describirlas) y no tienen ninguna pretensión de investigar o alcanzar una fundamentación lógica que sustente sus asertos. Pero en ellas, aun con su carácter práctico, tan distinto del planteamiento global de la filosofía estoica, reaparecen una y otra vez las ideas del viejo maestro. Por eso lo contamos entre los clásicos: porque sus palabras siguen hablándonos a través de los siglos.

El hombre en la vida

Recuerda que has de comportarte como en un banquete. Llega a ti algo que van pasando: extiende la mano y sírvete moderadamente. Pasa de largo: no lo retengas. Aún no viene: no exhibas tu deseo y espera hasta que llegue a ti.

Así con tus hijos, con tu mujer, con los cargos, con la riqueza. Y algún día serás digno de participar en el banquete de los dioses.

Y si no te sirves de lo que te ofrecen, sino que lo desprecias, entonces no sólo participarás del banquete de los dioses, sino también de su poder. Así obraban Diógenes y Heráclito y los que se les parecían, y merecidamente eran y se les llamaba «divinos».

Necesita conciencia de sí mismo

El que ignora quién es y para qué ha nacido y en qué mundo está y con qué compañeros y qué es lo bueno, lo malo, lo honesto y lo torpe y no comprende un razonamiento ni una demostración ni qué es verdadero o qué es falso, ni puede discernirlo, no deseará de acuerdo con la naturaleza, ni rechazará, ni sentirá impulsos, ni se aplicará; no asentirá, no negará, no suspenderá el juicio; en total, irá de un lado a otro sordo y ciego pareciendo ser alguien, pero sin ser nadie.

Principios de la vida serena

De lo existente, unas cosas dependen de nosotros; otras no dependen de nosotros. De nosotros dependen el juicio, el impulso, el deseo, el rechazo y, en una palabra, cuanto es asunto nuestro. Y no dependen de nosotros el cuerpo, la hacienda, la reputación, los cargos y, en una palabra, cuanto no es asunto nuestro. Y lo que depende de nosotros es por naturaleza libre, no sometido a estorbos ni impedimentos; mientras que lo que no depende de nosotros es débil, esclavo, sometido a impedimentos, ajeno.

Recuerda, por tanto, que si lo que por naturaleza es esclavo lo consideras libre y lo ajeno propio, sufrirás impedimentos, padecerás, te verás perturbado, harás reproches a los dioses y a los hombres, mientras que si consideras que sólo lo tuyo es tuyo y lo ajeno, como es en realidad, ajeno, nunca nadie te obligará, nadie te estorbará, no harás reproches a nadie, no irás con reclamaciones a nadie, no harás ni una sola cosa contra tu voluntad, no tendrás enemigos, nadie te perjudicará ni nada perjudicial te sucederá.

Y cuando tengas ya en el deseo tan grandes cosas, recuerda que no hay que acercarse a ellas con un estímulo moderado, sino que las unas hay que rechazarlas

definitivamente y las otras hay que posponerlas, al menos, de momento. Pero si al mismo tiempo quieres esto y quieres también tener cargos y enriquecerte, quizá ni esto último alcances por desear también lo anterior, y desde luego fracasarás por completo en conseguir lo que es el único medio para alcanzar la libertad y la felicidad. Pon al punto tu esfuerzo en responder siempre a toda representación áspera: «Eres una representación y no, en absoluto, lo representado». Y luego examínala y ponla a prueba mediante las normas esas que tienes y, sobre todo, con la primera, la de si versa sobre lo que depende de nosotros o sobre lo que no depende de nosotros. Y si versara sobre lo que no depende de nosotros ten a mano lo de que «No tiene que ver conmigo».

*Nuestras facultades nos permiten sobrellevar
las dificultades*

¿Qué piensas que habría sido de Heracles si no hubiesen existido el león y la hidra y la cierva y el jabalí y unos cuantos hombres malvados y salvajes, a los que aquél expulsó y de los que limpió el mundo? ¿Qué habría hecho si no hubiese existido nada de eso? ¿No es verdad que se habría dedicado a dormir, bien arropado? Así que, lo primero, no habría llegado a ser Heracles, toda la vida adormilado en tal molicie y tranquilidad; y además, aunque hubiera existido, ¿para qué habría servido? ¿Qué utilidad hubieran tenido sus brazos y el resto de su fuerza y su firmeza y su nobleza, si no le hubiesen movido y hecho actuar tales circunstancias y situaciones?

Date cuenta tú también y fíjate en las facultades que tienes y, al verlas, exclama: «Envía, Zeus, la circunstancia que quieras, pues tengo los recursos que tú me diste y los medios para señalarme por medio de los acontecimientos».

Y sin embargo, la divinidad no sólo nos concedió esas capacidades con las que podemos soportar todo lo que suceda sin vernos envilecidos o arruinados por ello, sino que además, como correspondía a un rey bueno y a un verdadero padre, nos las concedió incoercibles, li-

bres de impedimentos, inesclavizables, las hizo absolutamente dependientes de nosotros, sin siquiera reservarse a sí mismo ninguna fuerza capaz de obstaculizarlas o ponerles impedimentos. ¿Y aun poseyendo estos dones libres y vuestros no os servís de ellos ni os dais cuenta de lo que habéis recibido ni de manos de quién, sino que seguís sentados padeciendo y angustiándoos, unos, ciegos para con el propio dador y sin reconocer al benefactor; otros, arrastrados por la bajeza a los reproches y las quejas contra la divinidad?